

AGLAÉ

POR

MICAELA DIAZ DE RODRIGUEZ

Á CONTINUACION

UNA CRUZ

POR LA MISMA



MONTEVIDEO

TIPOGRAFIA RENAUD REYNAUD, CALLE 25 DE MAYO 433

1883

Leyendas nacionales

AGLAÉ

POR

MICAELA DIAZ DE RODRIGUEZ

Á CONTINUACION

UNA CRUZ

POR LA MISMA



MONTEVIDEO

TIPOGRAFIA RENAUD REYNAUD, CALLE 25 DE MAYO 433

1883

Las simpàticas imájenes con que un escritor de la culta prensa Oriental, ha pintado la dulce y sencilla existencia del laborioso habitante de la campaña, á la sombra bienhechora de la paz—ha sido la inspiracion que me ha movido à escribir esta verídica leyenda.

Montevideo, Junio 1880.

La autora.

AGLAÉ

Don Víctor de S... hombre de treinta y cuatro años de edad, bien educado y de relevantes prendas morales, estaba casado con Aglaé de I... jóven hermosa y discreta.

Ambos descendian de familias pudientes; pero que quedaron empobrecidas por la funesta influencia de las desastrosas guerras habidas en el país de su nacimiento.

A fines del año de 1858, habitaban dichos esposos en una casita de la ciudad nueva en Montevideo.

Allí no había ostentacion supérflua, todo era modesto y sencillo; no obstante, se adivinaba que una mano prolija y delicada, lo embellecia con el lujo resplandeciente del aseo.

Tres preciosas criaturas, fruto de aquella union, sonreian á sus amantes padres, alegrando con sus alborozados juegos, esas horas silenciosas del hogar, que envueltas en las melancólicas sombras de la tarde, conducen el ánimo reconcentrado á grata meditacion.

Don Víctor estaba muy pobre.

Un signo constantemente aciago se cernia sobre su noble cabeza, y solo le otorgaba por compensacion á sus pesadas y fatigantes tareas, rudas y crueles decepciones.

Los disgustos y grandes cavilaciones en que cayó su espíritu, quebrantaron al fin su físico, perdiendo su vigor y lozania.

D. Víctor se sintió enfermo.

Un facultativo lo reconoció y le declaró, que era indispensable que saliera al campo para fortalecerse.

D. Víctor no contestó nada; pero una sombra de sufrimiento inundó su faz pálida y demacrada por la enfermedad, aunque de interesantes rasgos.

¿ Cómo trasladarse sin recursos? como obtenerlos? adónde ir?.,.

Aglaé que observaba á su esposo con anheloso interés leyó aquel aterrante pensamiento en el surco profundo que plegó su frente, y en la tétrica inflexion de su mirada.

Es indudable que una idea tranquilizadora lució de súbito en la mente de Aglaé; porqué, sonriendo dirijió á la altura una mirada de amor infinito, y de su pecho se escapó un débil suspiro.

Acaso pensaba en su santa madre que descansaba en el seno de Dios....

El facultativo, despues de recetar algunas medicinas fortificantes, se retiró ordenando al enfermo que no guardàra cama.

Cuando quedaron solos, Aglaé se aproximó á don Víctor y tomándole las manos las oprimió entre las suyas con dulce transporte, y con un sonido de voz que revelaba la inagotable bondad de su alma, le dijo con cariño:

—¡Víctor¡ esposo mio! tranquilízate, iremos al campo como tu salud lo requiere.

—Aglaé: es imposible: contestó con acento de amargura el infeliz esposo:

—¿Cómo salir de aquí?....

—Todavia nos queda algo de que disponer: tu sabes Víctor mio, que aun conservo el medallon de brillantes que mi buena madre me regaló con su retrato el dia de nuestra boda y que yo guardaba para mi querida Edina.

Amado esposo mio, enagénalo y con ese dinero, á mas la venta de todos estos sencillos muebles; pero que no necesitamos en el campo, creo que habrá para sufragar á los gastos; en cuanto á donde ir, habla con nuestro buen amigo el señor T... para que te dé un destino en su estancia; tú sabes lo bien situada que está y lo pintoresco y saludable que es el Norte del Rio Negro para los enfermos.

D. Víctor oyó con vivo interés á su buena esposa y deteniendo en ella sus hermosos ojos, de un azul puro, humedecidos por las lágrimas que inundaban su alma lacerada por tantos padecimientos, permaneció en muda contemplacion.

Por último, obedeciendo como siempre en idénticos casos á un sentimiento noble de su corazon, se negó á dar su beneplácito al abnegado y generoso empeño de su esposa, que quería renunciar á la posecion de una joya que tanto estimaba.

Pero ésta insistió con razones tan conmovedoras y convincentes, que al fin logró triunfar, doblando el pundonoroso escrúpulo de su buen esposo.

Sin ninguna otra contrariedad, se puso en práctica el salvador pensamiento de la amante y virtuosa esposa.

Todo se llevó á cabo en breves dias, y con satisfactorios resultados.

D. Víctor tenia que recobrar su desatendida salud, á mas su ardorosa voluntad para el trabajo, le hacia vislumbrar en lontananza un cambio de fortuna próspero y halagüeño.

Tenia que labrar un porvenír á sus hijos y á ese fin debía consagrar los dias de su existencia.........................

....

....

Han transcurrido cuatro años.

La tranquilidad vuelve á reinar en los estensos campos, que empiezan à revestirse de las galas primaverales, y tanto el rico hacendado como el rústico labrador, se entregan confiados á sus rudas tareas, alentando su cansada vida con la esperanza de compensaciones valiosas en frutos y cosechas.

Al Norte del Rio Negro, cerca de la pintoresca y selvática ribera de este hermoso rio, cuyas aguas á mas de ser gratamente saludables, enriquecen la tierra con la mas vigorosa y feraz vegetacion; en medio de una colina se vé un *rancho* que contiene tres claras habitaciones, con su correspondiente huerta y cocina.

Algunos flexibles paraisos se irguen melancólicos meciendo sus floridas ramas cerca de las puertas de las viviendas; mas lejos, un elevado y frondoso ombú ofrece su estensa y apacible sombra al fatigado viagero que con ánsia la apetece y busca siempre en los dias calurosos del estío.

Plantas delicadas como la nítida diamela, la rosa del país y el gallardo clavel crecen con profusion al derredor del «rancho».

La madreselva, el jazmin y la multiflor en vigorosas guías trepan hasta el pajizo techo, difundiendo un perfume embriagador que se aspira entre la suave brisa.

Todo alli denota la presencia de una familia honrada y laboriosa que imprime doquiera el sello del trabajo.

¡Noble é inquebrantable base de la verdadera felicidad!...

Aquel era un puesto de la estancia del señor de T...

Don Víctor y Aglae, vivian tranquilos y dichosos con sus amados hijos en aquella poética soledad, sin mas contratiempos, sin mas desazones en su bienestar presente.

D. Víctor habia recobrado completamente su salud, y trabajaba con el mayor éxito, favorecido por una mas prodicia estrella y á la bonancible sombra de la paz.

Aglae y Edina, cultivaban el jardin y atendian á los que-

haceres domésticos, segundadas por una sirvienta mestiza que tenian desde que llegaron allí.

Aníbal y Olivio, robustos niños, de trece años el primero y de once el segundo, ayudaban durante el dia á su padre, cuidando las ovejas ó en los trabajos de labranza; pero desde la caida de la tarde hasta las primeras horas de la noche recibian de aquel provechosas lecciones de instruccion y de moral.

Y aquellas infantiles y bellas criaturas destinadas por el acaso á anuar su existencia con los ignorantes hijos de la campiña, soportando con ellos, la inclmencia de las estaciones, esponiendo sus blancas frentes á los ardientes rayos del sol, y sus débiles miembros, á los rigores de los intensos frios—se alzaban no obstante activas, enérgicas é inteligentes; para ir mas tarde con tan valioso contingente á consagrar sus simpatías á un suelo que no los vió nacer...

Era el primero de Diciembre de 1862.

Edina, la hija primogénita, cumplía quince años.

Edina era una niña encantadora, que reunía á sus atractivos fisicos las más excelentes cualidades; su carácter dócil, sensible y generoso, cautivaba el cariño de todos los que llegaban á conocerla, y sus padres la amaban con incomparable ternura.

En este dia el hogar estaba engalanado con guirnaldas de blancas margaritas, la flor predilecta de Edina y que su buena madre y hermanos habían buscado en las vecinas selvas, cuando los primeros rayos del refulgente astro doraban la cima del monte.

Matizadas con rosas y jazmines y en colgantes cenefas las habian colocado simétricamente sobre las puertas y ventanas de la pieza que servia de sala y comedor, cosa que es de costumbre en el campo.

Edina bajo una dulce emocion sintió palpitar su tierno corazon á la vista de sus flores preferidas y mucho mas porque, sobre aquella perfumada ofrenda irradiaba como una esplendorosa aureola el purísimo amor de su amada madre.

D. Víctor con Aníbal, habia salido á los primeros albores, en direccion al lejano corral; para conducir como diariamente lo hacia el rebaño al campo; una vez hecha esta operacion dejó á Anibal que hacia de pastor cuidando las

ovejas, acompañado por dos grandes mastines que eran muy buenos guardianes, y partió en seguida para las casas de la estancia.

Edina como tenia por costumbre lo esperaba con el *mate* amargo que tomaba preparado porque era el desayuno que mas apetecia cuando volvia de su trabajo.

La mañana adelantaba y D. Víctor no aparecia.

Edina lo aguardaba solícita, mirando con atencion desde el dintel de la puerta el camino por donde acostumbraba venir.

Tanta demora le causaba estrañeza·

Pero ésta no duró mucho.

D. Víctor venía á la vista aguijoneando con las espuelas á su caballo, noble animal de raza pura.

D. Víctor no venia solo, otro ginete lo acompañaba.

Edina salió al encuentro de su querido padre con el *mate* servido y este sin desmontarse lo recibió sonriendo con cariño á su hija.

—¿Y tu madre? preguntó suavemente:

—Está en la huerta contestó mirando al que acompañapa á su padre y dirijiéndole la palabra le dijo con afecto, y pintándose en su rostro un suave sonrojo:

—Buen dia Jorge!

—¡Buen dia Edina! contestó con franca y alegre entonacion de voz, y sacando un clavel blanco de su saco (al que estaba adherido por un alfiler) se lo ofreció, y mirándola con ardorosa espresion le dijo:

¡Edina¡

Esta flor que la embellece
Un simpático color.......
Con su aroma ella te ofrece
Dulce promesa de amor.

Edina aceptó la flor ruborizada al oir aquella espresiva copla, y bajando la vista quedó hondamente embebecida.

En aquel momento D. Víctor que observó todo, descendió de su montura é invitó á su compañero á hacer lo mismo y tosiendo exclamó en aire placentero:

—¡Bueno és que los jóvenes te brinden flores hija mia!, yo como viejo seré mas prosáico, y no dudo que te alegrará mi regalo—¡Ya lo creo!

Y como Edina no contestára porque estaba poseída de una estraña tnrbacion, el cariñoso padre prosiguió:

—¡Hija mia! desde este dia es tuyo Otty, y señaló al mismo tiempo con su mirada y la direccion de su mano, el hermoso caballo, cuyo pelo oscuro brillaba como el bruñido ébano.

Difícil es esplicar la alegria que experimentó el corazon de la emocionada niña y como se mostró resplandeciente en los efluvios de sus lindos ojos pardos.

Con donosa soltura se dirijió al noble animal y pasando su linda mano sobre el vigoroso cuello de aquel, lo palmeó con cariño repetidas veces.

Fué entonces que abriendo su seductora boca, se atrevió á exclamar admirada:

—¿Es cierto, papa? ¿no me engaña usted?

—Sí, sí, Edina! es tuyo, contestó gozoso don Víctor, y sorbiendo con ánsia el líquido que contenia el mate; pero que ya debía estar frio por el tiempo que hacia lo tenia en la mano.

—¡Gracias! gracias papá! qué alegría tan viva me produce la posesion de Otty!

Jorge que contemplaba embriagado el menor movimiento de la interesante jóven, exhaló un abrazador suspiro que se perdió confundido entre el cadencioso canto de una calandria que se mecía sobre las verdes ramas de los elevados paraísos, bajo los que pasaba la referida escena.

Jorge era un jóven de 22 años de edad, de color moreno y sonrosado, ojos negros y rasgados, cabellos del mismo color, relucientes y ondulosos; facciones abultadas y pronunciadamente enérgica la expresion de ellas.

Era hijo único del señor de T.... el amigo y protector de D. Víctor.

Oriundo de la provincia de Entre-Rios, allí tambien se educó; pero tuvo siempre aficion al campo y á las costumbres sencillas de sus habitantes, asi que adolecia de algunas de sus preocupaciones y hábitos.

Aglaé que habia estado en la huerta dando el grano á las aves domésticas, y haciendo recoger con Olivio los huevos de las gallinas para el almuerzo, se presentó de pronto en aquel animado grupo.

Venia risueña, luciendo en su frente esa noble y plácida bondad qne imprime Dios en el alma de la mujer virtuosa que cruzando la tenebrosa senda del infortunio guarda con valor en su pecho el divino fuego de la fé.

Es fácil comprender los grandes sinsabores que pudo haber esperimentado Aglaé, en la larga série de vicisitudes sobrellevadas con la mas santa resignacion hasta el presente, que aunque muy halagüeño, sus principios y su educacion la llamaban á otro centro de mas sociabilidad y cultura que aquel en que vegetaban ella y los suyos.

Como hemos dicho, Aglaé se presentó, y como ya tenia conocimiento por su mismo esposo del regalo que iba á hacer á su Edina, se felicitó de ver á esta tan alegre por lo que la estrechó en sus brazos con gran contento.

En seguida aproximándose á Jorge le tomó el brazo y saludándolo con amables espresiones, y abarcando con una plácida mirada á su esposo é hija, dijo con acento dulce y breve:

—Vamos para adentro, que estaremos mas cómodamente bajo techo.

Así lo hicieron y pronto se introdujeron en el florido hogar.

—Señora, su casa es una delicia! un verdadero Eden! esclamó encantado Jorge al ver aquel jardin flotante.

—Cómo no¡ si hoy es dia de gala para nosotros por eso os hemos invitado á almorzar, contestó Aglaé mirando á la vez á su amada hija que se sonreía ruboroza al oirla.

Jorge tambien le dirigió otra mirada colmada de dulzura al aceptar el *mate* que la encantadora niña le ofrecia, sebado por ella en aquel momento, con el agua que habia en una *pavita* que estaba sobre una mesa.

Como era natural, Edina fué objeto de algunas palabras lisonjeras por parte de Jorge, y que aquella oyó con agrado; pero guardando silencio.....

Despues la conversacion se hizo general, siendo su principal tema las francas costumbres de la vida del campo y sencillas diversiones.

Así pasaron, sin sentir que la mañana avanzaba.

La hora de almozar llegó.

Aglaé y Edina arreglaron la mesa, estendiéndo el alabastrino mantel, los cristales y la reluciente loza.

Entre tanto, D. Víctor y Jorge salieron de la pieza en direccion al pesebre, para ver como habia acomodado Olivio los caballos.

Una vez allí se entretuvieron en darles el pienso.

—Mamá, exclamó Edina, luego que quedaron solas; deseo preguntar á usted una cosa.......

—¿Cuál hija mia? le preguntó su cariñosa madre.

—¿Será impropio que yo lo coloque mamá, mírelo usted que lindo es, continuó (sacando al mismo tiempo de entre las puntillas que orlaban su pecho, entrelazadas en la guarnicion del baton, el blanco clavel) me lo regaló hoy Jorge, será impropio, volvió á decir, que yo lo coloque en mi cabeza?

- No, hija mia! no es impropio, contestó con gravedad Aglaé y mirando atentamente á su hija, que sonrojada le enseñaba la indicada flor, le preguntó:

—¿Y, para que quieres colocarlo entre tus cabellos?

—Porque, lo que me dijo Jorge al ofrecermelo, me dejó muy preocupada mamá.

—Y que te dijo, hija mia? preguntó la madre con viva ansiedad.

—Que su color era simpático y.....¿qué destino puedo darle? no lo aprueba usted, mamá? prosiguió la niña, con candorosa espresion.

—No encuentro nada que pueda preocuparte en lo relativo al color. Edina, deja de pensar en eso....y haz tu gusto luciendo hoy entre tus cabellos tan galana flor.

Aglaé, despues de observarle con blandura el mal efecto que producia en el ánimo de todos, la presencia de una jóven ostentando preferencia visible por una ù otra de las divisas de partido (pues á ella aludia Edina en su reticencia) le señaló con la vista el reloj de pared, diciéndole á la vez: vè, hija mia, vé que hora es yá y el almuerzo no está servido!

Las once daba el reloj.

Edina corrió á cumplir con su deber.

Aquella conversacion tan sencilla é inocente dejó sin embargo, una sombra de inquietud en el corazon de la amorosa madre.

Lucia, que así se llamaba la sirvienta mestiza se presentó en breve, llevando un soberbio pato asado condimentado por ella, que era muy inteligente cocinera, agregó en seguida el sabroso asado, y el séquito correspondiente de apetitosos manjares, la mayor parte de carne de cerdo, cordero y huevos.

El pan cacero elaborado por las señoras y los esquisitos vinos Priorato y Jerez, sin omitir el buen carlon.

Una vez puesto el almuerzo en la mesa, avisó á sus señoras y en seguida á su señor que aun se hallaba con Jorge en el pesebre, hablando de los caballos. Pronto uno y otro se reunieron á la familia que ya los esperaba.

Aníbal tambien habia llegado del campo dejando à las ovejas con los perros guardianes.

Olivio estaba allí.

Edina lucia el blanco clavel graciosamente enlazado entre las suaves y relucientes ondas de sus rubios cabellos.

Aquella flor emblema del talento y la pureza perfumaba con su embriagador aroma la poética cabeza de la que, favorecida por el cielo, habia recibido de èl pródigamente, los preciosos dones simbolizados en la nítida flor.

Jorge al notar en Edina la señalada muestra del aprecio que hacia la *mensagera* de los sentimientos de su alma espresados en las palabras que indirectamente dejó deslizar de sus lábios al depositarla en sus mano; sintió que aquella se abria á la seductora esperanza, que lo habia de conducir en sus fascinadoras alas al dorado templo del amor.

La satisfaccion que esperimentó fué tan estrema que se grabó con tintes vivísimos de radioso júbilo en toda su simpática fisonomia.

Entre tanto, el estómago recibia gozoso el confortable alimento, manifestándose en el buen apetito de todos.

La conversacion, por otra parte entretenia el ánimo dispuesto al regocijo, y como era natural Edina fuè el blanco de las finas y galantes bromas que con oportunidad le dirijia Jorge.

El ridículo de irónica pero delicada figura con que lo pintaba á un mozo Capitan, hombre de campo y que estaba enamoradísimo de ella fué puesto en relieve con la inesperada presencia del mismo sujeto que apareció comopor encanto en el dintel de la puerta.

Habia llegado hasta los paraisos y dejando atado á un palenque que habia allí su enjaesado caballo se dirigió al hogar, en donde nadie debia esperarlo, aunque con la mas asidua frecuencia los favorecia con sus visitas.

El mozo capitan, era jóven como de veinte y ocho años de edad, nacido en el Departamento de Paysandú, sin ninguna instruccion y de educacion muy limitada; pero en cambio tenia un entendimiento claro y mucha sutileza y perspicacia.

Era un hombre exaltado, rencoroso y vengativo, cualidades bastantes malas para ser temido.

Su figura alta y de estremada flacura, y su rostro desfigurado por una honda cicatriz en la frente que él ostentaba con orgullo, por haberla recibido en la guerra y por último un ojo vizco y un color bilioso era todo lo que hacia el verdadero tipo ridículo de que trataban en la mesa como ya hemos dicho.

Con la inesperada presencia del capitan varió completamente el asunto de las bromas y motivos de risas.

Fué invitado á la mesa: pero no aceptó, y despues de saludar á todos tomó el asiento que le ofreció don Víctor á su lado.

Su primera mirada fué para Edina y al desviarla de ésta la clavó torva en Jorge, que no pudo repararla porque en ese momento hablaba con Aglaé,

El capitan no era amigo de Jorge, así que al verlo allí se quedó desconcertado y hosco.

Aglaé le ofreció una copa de vino Jerez y le pidió que los acompañara á brindar por Edina que cumplia quince años.

—¡Bonita edad! exclamó: tomando á la vez la copa de manos de Aglaé y poniéndose de pié dijo, clavando en la jóven con ardor su torcida vista :

—¡Estoy listo!, y llevando la copa á los lábios añadió con entusiasmo:

—¡A la salud de la mas linda flor del valle!!......

Todos brindaron con el capitan, que apuró hasta la última gota del Jerez.

Edina dió las gracias sériamente; porque no le agradó el requiebro del capitan á quien odiaba por antipático.

D. Domingo Nuñez que así se llamaba el capitan, asediaba con pretensiones amorosas à Edina hacia algunos meses; pero ésta ni aùn se dignaba mirarlo, tal era la aversion que sentia por él, cosa que el capitan tomaba por preferencia hácia Jorge, de quien estaba celoso y por eso no se daba por muy amigo de él.....

Entre don Víctor y Jorge armaron un paseo á caballo hasta la estancia (es decir hasta la casa) que estaba situada á una legua de allí.

El paseo era en el deseo de que Edina gozára de un placer más, participando de él.

¡El contento de la pobre niña fué extraordinario!.....

La idea de cabalgar en Otty acompañada de su amado padre y por Jorge era una incomparable dicha que la ponia fuera de sí!

¿Seria por ventura, que en el alma de la inocente niña, nacia la primera ilusion bella y sonriente cual leve nubecilla color de rosa en mañana primaveral, que á los primeros rayos del fulgoroso sol resplandece en el azul del cielo?

Si hubiéramos de consultar la mirada profunda y escrutadora de la solícita madre cuando la fijaba en la faz ruborosa de su hija, veríamos, que primero que nosotros ella habia sospechado el orígen de las vivas emociones que agitaban ardorosamente el alma de la infantil y pura niña.

Cuando hubo terminado el almuerzo se dispusieron para el paseo.

Aníbal y Olivio, fueron con su buen padre á preparar los caballos.

El capitan que habia sido invitado por D. Víctor para el paseo y no quiso ser de la comitiva pretestando que tenia que hacer en otro lado, pero que indudablemente seria por no ir con Jorge, se quedó tan contrariado que observando que ya se preparaban para la partida se levantó y mirando con mal reprimido enfado para la cabeza de Edina le dijo casi al oido:

—¡Ojalá! ¡que se le caiga esa flor que lleva en la cabeza!..

Y despidiéndose bruscamente se dirigió con apresurados pasos hácia su caballo y una vez sobre la montura partió al galope del brioso corcel, no sin haber lanzado antes una iracunda mirada al hogar y llevando terrible y reconcentrado rencor contra Edina y Jorge, oculto ya en los sombrios profundos de su alma; para mas tarde manifestarse feroz envuelto en el confuso desórden de una malhadada guerra civil!......

Entretanto la delicada niña se dirigia á la habitacion inmediata para arreglar su mejor traje.

Aglaé y Jorge salieron á dar un paseo por el jardin.

Una minuciosa y prolija observacion del desarrollo, belleza y propiedades de las plantas y flores, absorvió la atencion de ambos por algunos momentos.

Pero de pronto Jorge se volvió á Aglaé y con un tono de verdadero sentimiento, dijo mirando las plantas vagamente:

—¡Que lástima! señora! quizá no tarde mucho en tener Vd. la pena de dejar abandonado su precioso jardin!....

—¿Por qué razon? preguntó sobresaltada por aquella observacion de Jorge tan inesperada como incomprensible.

—Porque va á invadir el general Flores para mas tardar dentro de cuatro meses—me lo afirman de Gualeguay en una carta que hé recibido de persona muy verídica.

—¡Qué dice Vd. Jorge! fué la exclamacion que arrancó de su pecho con la mas profunda angustia la hermosa Aglaé!

—Que es evidente señora, observó sordamente: no puede dudarse ya.

—¿Y Víctor lo sabe? Vd. se lo ha comunicado? preguntó afanosa.

—¡Cómo no! ya le he leído la indicada carta; pero su esposo no crée; es incrédulo.

—¡Ay! Jorge! si es cierto ¡cuánta calamidad nos espera! ¿Que será de nosotros, de nuestro bien estar, de nuestros intereses—adquiridos á costa de tantos sacrificios de tantos trabajos!!

Estas justas apreciaciones fueron manifestadas con la mas ardorosa indignacion.

¿Qué pecho sensible no se estremece à la idea aterrante de una próxima é inevitable guerra?..... y teme sus resultados como el azote mas exterminador de todos?.....

Aglaé pensaba así, y:

Bajo la penosa influencia de estos presentimientos—quedaron divagando sus ideas sobre la doliente imágen del pasado que se alzaba palpitante en su memoria, al través de las nebulosas sombras del tiempo yá lejano....

Edina, radiante de hermosura y juventud se presentó en el jardin,—solo habia cambiado de traje, dejando el baton color de lila que llevaba por la mañana, por un vestido de alpaca negro, adornado con toda elegancia y de la moda.

Sobre sus rubios y abundantes cabellos, se destacaba en graciosos recojidos la vaporosa tela de una gasa tan clara como el azul del cielo; vedando entre sus pliegues parte del nítido clavel que se conservaba tan puro y fresco, cemo la alba faz de la jóven.

Se estrañará quizá que siendo Edina casi una niña y sobre todo, el dia de su cumple años, se haya engala-

nado tan sériamente, cuando debiera preferir colores delicados y suaves.

Nosotros que conocemos el motivo lo esplicaremos.

Este deseo inocente que nació en su alma era una de las doradas ilusiones de su mente.

Por que lo anheló con ánsia desde un dia que oyó á Jorge decir que para él una mujer vestida de negro siempre estaba interesante—y desde ese dia ella no cesó de pensar en lo que se embelleceria para Jorge la mujer vestida de negro, y tanto pensó en ello que le gustó y deseó poseerlo.

Y le rogó á su madre que el primer vestido que le regalara fuera negro;—Edina como era de esperarse fué complacida por su buena madre—ésta dirigió las medidas á una amiga en Montevideo, y con todo el esmero y la prontitud posibles fué hecho el vestido y enviado dos dias antes de su cumpleaños.

Mejor ocasion no tuvo la modesta coquetería de la cándida niña para desplegar sus conmovedores y simpáticos hechizos, que aquella en que le sonreia todo á su derredor—y en que la mirada profunda y ardiente de Jorge se detuvo en ella con arrobador éxtasis.

Edina se atrevió por primera vez á sostener la magnética fluidez de aquella mirada, que desde ese momento sin ella comprenderlo se comunicó á su sér, abrazando en esa misma llama su corazon.

Pero ella ignoraba lo que era amor y estremecida se arrojó al cuello de su madre que á dos pasos de ella permanecia absorta en obstinada reflexion.

—Mamá! mamá! Bendígame Vd., para que su santa bendicion me acompañe! pudo decir la jóven vivamente impresionada.

Aglaé vuelta á su sér aún presa de un hondo mal estar sonrió á su hija y besándola en la frente la dijo con dulzura:

—Que Dios te guie hija mia.

D. Víctor ya estaba pronto y esperaba á Jorge y Edina.

Estos y Aglaé se reunieron á él.

Una vez sobre sus monturas se pusieron en camino.

Aglaé con sus hijos y mas atrás la mestiza estuvieron observando á los ginetes hasta que se perdieron de vista en las quebradas del terreno marchando al galope de sus briosos caballos.

Edina era una gran amazona; en aquel departamento no habia otra que le superara en la destreza de la equitacion.

Aglaé, para entretenerse en algo, le pidió á Lucia su canastillo de la labor y asentándose en un rústico banco que habia debajo de los paraisos, esperó oyendo la vocingleria de sus dos pequeños hijos la vuelta de Lucia que no tardó en llegar con el canastillo que dejó en manos de su señora.

¡Ay! esclamó ésta dando un angustioso suspiro y poniéndose á trabajar en unas zapatillas que marcaba con lanas de colores para su esposo.

Volvió á sumirse en honda reflexion

Aníbal, que oyó aquel quejido del alma de su amada madre, la preguntó con cariñoso acento:

—Mamá ¿ por qué está triste?

—¡Yo no estoy triste hijo mio¡ contestó alzando su vista del labor, para mirar atónita á su hijo.

—¡Ay mamá! no se enfade Vd. Si yo fui tan curioso era porque quise consolarla diciéndole:

—¡Mamá yo tambien suspiro asi cuando me veo solo en el campo oyendo únicamente el monótono mugido de las vacas y el lastimero balar de las ovejas!

Aglaé oia con sorpresa á su hijo.

—Cuando estoy con Vd., mamá, y con mis hermanos, no puedo esplicar la alegria que siento, lo mismo los ratos que está allí papá, estoy lo mas contento.

—¡Pobrecito! prorrumpió Aglaé, pasando de la sorpresa al enternecimiento:

—¡Bien me figuro que te agobiará de tristeza aquella no interrumpida soledad! Te cansarás de leer tus libros de estudio, tantas horas seguidas! y.....

—¡Ay mamá! interumpió el niño con sentido acento:—Los lèo de memoria desde hace mucho; por eso escuso abrirlos; los sé de corrido de tanto repasarlos, así como conozco línea por línea todas las lomas, sinuosidades y alturas de las cuchillas y sus distancias palmo á palmo, medidas por mis pasos.

Aglaé, entre tanto, poseida de dulce embeleso al oir á su adolescente hijo, pensaba de este modo:

—Todo en él revela que no será su carrera la del hacendado á que lo quiere inclinar su padre.

—¡Su claro talento, su sociabilidad, y su apego á la familia, dicen bien alto que son otras sus asomantes aspiracio-

nes!.....y revistiéndose de alguna gravedad contestó así:

—¡Híjo mio! ¡Ten paciencia! por ahora tenemos que vivir soterrados; entregados á las taréas del campo y gracias á Dios nos vá bien, tu ayudas á tu buen padre cuidando el rebaño que nos dará lo bastante para irnòs de aquí, á gozar en la capital el fruto de nuestro trabajo—y hablando de este modo la virtuosa Aglaé, tomó por la mano á su amado hijo y aproximándolo á su pecho lo estrechó tiernamente.

El gallardo, niño rodeó con sus brazos el cuello de su madre, dejándolo humedecido por lágrimas que la emocion le arrancó.

Pidióle mil perdones por la imprudencia de sus palabras, y habiéndolo obtenido con toda la bondad maternal—se marchó al campo con mejor voluntad, formando en su ardiente y vivaz imajinacion hermosas ilusiones fundadas en las palabras de su buena madre.

Aglaé lo siguió con pensativa mirada y oyó que entonaba con dulce melodía un canto pastoril muy en uso entónces.

Dos lágrimas brotaron á sus lindos ojos negros y rodaron por sus morenas mejillas, arrancadas á su alma, penetrada de la soledad y tristeza que abrumaba á su querido hijo.

El picarezco Olivio que presenció silencioso la escena de Aníbal con su madre, contempló pesaroso aquellas lágrimas y con acento condolido le preguntó, acercándosele:

—¡Mamá! ¿por qué llora usted?

—¡No lloro! no es nada, hijo mio! contestó sonriendo de verse sorprendida en las espansiones de su alma, tres veces ya, y por sus tres hijos.

Las ideas de los niños no tienen fijeza alguna, así que Olivio no pensó mas èn el motivo ó causa que pudiera tener su amada madre para verter lágrimas.

—¡Bien mamá! dijo muy entonado y sacándose la blusa, que tenia puesta, la dejó sobre el banco: aunque hoy es dia de festejo en casa, yo quiero trabajar y si usted me permite, ya estoy pronto para ir á sembrar con Lucía el maiz para choclos. ¿Quiere mamá?

Aglaé miró encantada para su amado hijo y al verlo con tan pocos años y ya tan dispuesto y laborioso, esperimentó su impresionado corazon indeleble satisfaccíon y dándole una suave palmadita en lo espalda, le dijo con agrado:

Mucho me contenta Olivio que seas tan trabajador; tu tambien ayudas lo mismo que Aníbal á tu buen papá

—Ya te recompensaremos con lindos paquetes el dia de tu cumpleaños.

A ésta grata promesa brillaron de alegria los negros é inteligentes ojos del esperto niño, coloreando su graciosa faz el placer que sentia

—¿Cuando es mi cumpleaños mamá? preguntó sonriendo.

De aquí dos meses hijo mio, el cuatro de Febrero, respondió Aglaé, acariciando con su mano la fresca y morena mejilla de aquel pedazo de su alma.

Olivio miró alborozado à su querida madre, diciéndole resueltamente:

—¡Mamá! en vez de juguetes r egáleme Vd., una cajita de pinturas ¿me la dará mamá?

—¿Y para que la quieres hijo mio?

—¿Sabe Vd. por qué mamá?

—Para pintar figuras y mapas.

—¡Bien querido hijo¡ para entónces tendrás tu caja de pinturas aparte de los juguetes y.......

El niño no escuchó mas; contentísimo se lanzó corriendo en direccion al tablon en donde se iba á sembrar el maiz.

Aglaé esta vez tambien siguió con su vista á su pequeño hijo, hasta verle llegar junto á la vigorosa Lucia, que á cincuenta varas de allí, en la anchurosa pradera carpia la fértil tierra con toda la actividad y fuerza de un hombre.

Una vez sola pudo continuar su interrumpida obra con mas reposo que antes.

Así paso una hora.

¡Cuántos pensamientos cruzaron por su mente!

Unos, tranquilos, suaves, como las brisas melancólicas y quejumbrosas de las selvas que vivifican con su perfumado hálito las tenaces sombras *en las solemnes caídas de la tarde*..... ¡ay¡ otros agitantes y pavorosos como son las tinieblas y el silencio de las tumbas....

¡Tal era el exitante estado de la impresionable imaginacion de Aglaé ó sería que esa voz intima que se llama presentimiento se alzaba en su corazon?.................

El porvenir de sus hijos la preocupaba ya—soñando en ellos vastos horizontes y risueños albores resplandecientes de seductoras esperanzas!

La agreste soledad de la campaña la aterraba aquella existencia que llevaban sus caros hijos de rudas taréas, la

contrariaba, porque era opuesta á sus mas altas aspiraciones.

Pero la noticia que oyó á Jorge sobre la invasion la preocupó mucho mas, y produjo en su espíritu gran inquietud y dió cima en su pensamiento á un torrente de ideas tristes y desoladoras.

Con todo, la reposada reflexion penetró en su atribulada mente, consiguiendo con su serena presencia calmar la inquietud que alteraba la alegria de su corazon.

¿Que será de nuestros paseantes?

Ya próximos á las casas de la estancia los alcanzaremos y seguiremos con ellos,

Edina y Jorge, van al paso de sus caballos, dando tiempo á que D. Víctor se les incorpore pues ha desmontado de su corcel para componer las cinchas de la montura.

Jorge aprovechando aquella ocasion tan propicia le dirigió á su compañera estas palabras:

—¡Edina! ¿Vd. ha querido interpretar generosamente mis sentimientos, cuando le dí esa venturosa flor? y señalando con su vista al mismo tiempo á la que se conservaba aun lozana y aromática entre los dorados cabellos de la jóven, esperó turbado su palabra.

Edina se sonrió y contestó con estrañeza:

—¿Por qué me hace Vd. esa pregunta?

—Al ver el destino que Vd. le ha dado me atrevo á pensar así, ¿podria por ventura haberme engañado? preguntó algo receloso y mirando fijamente á Edina.

—A la verdad, Jorge, que no comprendo sus expresiones, contestó confusa.

—Entónces en mis frases creyó Vd. que aludia al color de la divisa?.....

—No, Jorge, no creí eso.

—Y entónces, ¿por qué la colocó en su bella cabeza?

—Porque en las flores no hay otro color que venga mejor á mis cabellos rubios, y por eso es que hé colocado entre ellos la de Vd.

Edina al terminar estas palabras sujetó resueltamente el paso de su caballo y dió vuelta como para esperar á su padre que no venía aún.

Jorge hizo otro tanto mirándola con atencion.

La contestacion de Edina lo dejó anonadado.

Pero, volviendo al mismo asunto, le dijo con irónico acento:

—Con que ha sido ese el único motivo, el único pensamiento que Vd. ha tenido?

—¡Edina!—prosiguió—sea Vd. sincera, contésteme querida amiga, con la misma franqueza con que yo le hablo.

Edina lo miró sonriendo y el vivo color de la grana tiñó su rostro.

Guardó silencio por algunos instantes y en seguida con tono de amable reconvencion, contestó:

—¡Pues que! Jorge ¿no he sido bastante franca? no he dicho à Vd. la verdad?

—¡Edina! tiempo es ya de salir de la incertidumbre en que vivo! habia alimentado una lisonjera esperanza y acabo de perderla.

—¿Esperanza?...de que? preguntó la inocente niña.

—De ser comprendido: contestó con ardor el apasionado Jorge.

Edina lo miró atónita sin saber que contestar.

Jorge prosiguió mas osado;

—¡De ser correspondido por Vd, hermosa Edina!

El rostro de ésta se cubrió nuevamente de rubor y su corazon latió apresuradamente.

—¡Lo és Vd. bastante! esclamó con candorosa espresion: y siguiendo la inspiracion de su inocente corazon continuó: ninguna amiga tendrá Vd. mas consecuente ni mas complaciente que yo!

—No es su amistad solo que quiero yo, Edina: es otro sentimiento mas tierno, mas dulce, mas sublime; que cuando se comprende, se vive con esa vida y se piensa con el mismo pensamiento del objeto que nos inspira ese sentimiento!

—¿Y duda Vd. que yo pueda comprender ese sentimiento?

—¡Nó¡ Edina, por que no lo dudo; es que yo alimentaba una dulce esperanza!....

—¿Esperanza? repitió maquinalmente Edina y fijando sus límpidos y pardos ojos en Jorge prosiguió con embeleso:

—¡Esperanza! armoniosa voz que habla dulcemente á nuestra alma, prometiéndole la posesion de lo que anhela!— y bien: ¿qué anhela Vd. Jorge?

—¡Edina mia!—exclamó transportado de júbilo—anhelo

su amor! esa llama divina que arde en nuestra alma y que comunicando su fuego al corazon, al sentimiento y á la voluntad, se hace el árbitro de nuestro destino! ¡Ser dueño de su corazon! ese es mi anhelo.....

Edina al oir aquel lenguaje que anunciaba con nuevas é ignoradas imágenes, la sublime existencia del amor en su palpitante corazon, dió un conmovedor y reprimido grito, y ocultando con una mano sus lindos ojos pardos esclamó ruborizada:

—¡Por Dios! Jorge! calle Vd!........

La presencia de D. Víctor, que en aquel instante se acercaba á ellos, selló los lábios de su hija.

Una vez reunidos se pusieron nuevamente en marcha. Jorge habia observado la emocion con que recibió la jóven su declaracion amorosa y oyó lo bastante de su boca para poder aspirar con confianza al puro amor de su sensible corazon.

En breve tiempo llegaron á las casas.

Una vez allí Jorge les ofreció de todo, tratando á sus huéspedes con la mas cordial y obsequiosa acojida.

El solo hizo los honores de la casa , porqué el Sr. T... se hallaba en Montevideo hacia quince dias.

Dieron el necesario descanso á las fatigas del paseo, tomando asiento en los cómodos sillones de paja que habia en la espaciosa galería ó corredor de la casa, en cuyas columnas se enredaba profusamente el rico jazmin de Chile impregnado con su aromática esencia esparcida en el aire, todos los objetos que habia alli

Despues que con placer tomaron algunos delicados dulces y buenos licores, servidos por una rolliza muchacha (hija del capataz) que con despejo y prontitud los ofreció á las visitas—se pusieron de pié y precedidos por Jorge se dirijieron á un gran patio inferior, en donde habia una coleccion completa de animales, aves y bichos los más raros y hermosos, traidos de diferentes partes del mundo por órden del Sr. T... y que se conservaban con gran trabajo y esmero por tener aquel señor mucha aficion á esta clase de entretenimientos, y vanidad en enseñarlos á los que llegaban de paseo por su estancia.

No nos detendremos á dar más suscinta explicacion por ser de poco interés.

Baste decir que allí estuvieron D. Víctor, Edina y Jorge un buen rato pasando minucioso detal á aquel jardin zoológico.

La arboleda y los magníficos jardines de aquel gran establecimiento tambien fueron visitados con verdadero gusto, proporcionando á nuestros paseantes un plácido recreo por su belleza y esplendor.

A una hora conveniente se pusieron en camino de regreso á los humildes ranchos que por entonces se alzaban entre poéticas flores y en donde el destino les deparó un hogar tranquilo y venturoso, aunque efímero y transitorio....

....

Dos años y tres meses han pasado.

Era en Marzo de 1865.

Con la pasada del gefe revolucionario, efectuada como ya se esperaba el 19 de Abril del 63, todo el país se puso en armas al llamado del Gobierno.

Sus habitantes habian dejado el reposo y las comodidades del hogar para entregarse á las fatigas y privaciones inherentes á la guerra.

Don Víctor, tuvo que ingresar en la Guardia Nacional del departamento de Paysandú en la compañía de caballería que mandaba un capitan Olivera.

Habia tenido que abandonar su familia, su hogar y sus intereses.

Se hallaba como sus demás compañeros de sacrificio, dentro los muros de la ciudad heróica.

Aglaé con sus hijos Anibal y Olivio, habia pasado al Entre Rios, huyendo presurosa de los sitios en donde habia hallado por algunos años un asilo tranquilo y feliz; y esperando encontrar en el extranjero un refugio seguro, contra los peligros à que estaba expuesta ella y sus adorados hijos en la campiña.

¿Quién no teme los horrores de la guerra civil?..............

....

Edina hacia un año que se hallaba unida á Jorge.

El amor puro y verdadero abrazó sus almas en la llama inestinguible del primer amor.

¡Vivian dichosos entregados á las tiernas espansiones é inagotables dulzuras de un cariño reciprocamente correspondido!!

Jorge y Edina fijaron su residencia en Gualeguay, donde tenia el primero bienes heredados por muerte de su abuela materna, que era muy rica.

El señor T... estaba como siempre al frente de su estancia que fué en todos tiempos el abrigo y amparo del perseguido; cualquiera que fuera su opinion ó la divisa que llevára, cuando la infausta suerte de las armas le arrojaba allí.

CONCLUSION

....

A los tres meses pasados del dia en que sucumbieron víctimas de su valor los defensores de Paysandú, una galera tirada por cuatro soberbios caballos, salia de la ruinosa ciudad en direccion al Sud del departamento, y hácia un punto del Rio Negro, no lejano de la ciudad de Mercedes.

Una señora enlutada, dos bellos niños, una sirvienta y un individuo mas, que parecia pertenecer á la servidumbre de la señora, eran los viajeros que ocupaban los asientos de la galera.

Una desgarradora angustia se retrataba en el demacrado rostro dela primera, y sus párpados enrojecidos por candentes y depuradas lágrimas, indicaban el intenso dolor de su alma.

Era Aglaé desolada, llorosa y triste, que iba por postrimera vez á los sitios que presenciaron sus últimas caricias de amor!

Sus últimas frases de felicidad en brazos de su adorado é infortunado esposo!

Habia ido à Paysandú con el firme y único propósito de hacer indagaciones que le prometieran alguna esperanza sobre el parage donde pudiera hallar los restos de su inolvidable compañero, que habia perecido heróicamente con otros muchos en el último ataque de sus enemigos.

La infeliz Aglaé no tuvo la dicha de poder obtener ningun iuforme cierto—y su viage fué tan infructuoso como el que habia hecho Jorge un mes antes, con el mismo fin y sin que la mas pequeña luz lo guiára en una empresa tan árdua como díficil.

¡Aglaè desesperada, miró con terror el suelo de su patria que asi la maltrataba, negándole el consuelo de poseer los despojos mortales de su caro esposo!!

Fué con la inquebrantable resolucion de abandonar el

pais para siempre que ella se dirigia á la estancia; por tener tambien allí que arreglar difinitivamente con el Sr. T. los asuntos pertenecientes á Víctor.

¡Ay! Cuan dolorosas debieron ser las impresiones que conmovieron su pecho al contemplar nuevamente el paraje y los objetos que le recordaban palpablemente su extinta felicidad!

Cuan cambiado debió encontrar todo..........................

¡El viagero que hubiera pasado por la campiña en donde moraba por el año de 1860, el estimable caballero D. Víctor de S. y su bella esposa y que conociera todas las dulzuras de su sencillo vivir, y todos los gustos y comodidades de que se habian rodeado, quedaria atónito si á fines del 65, el acaso lo llevára por allí.

¡En vano buscaria con ávidas miradas aquel modesto hogar, foco de acrisolada virtud!

¡En vano buscaria un solo vestigio del trabajo y laboriosidad de aquella honrada familia.

!Sus aterradas miradas vagarian sobre un campo árido é inculto; para ir á clavarse con sumo asombro sobre un monton de ruinosas y calcinadas paredes que se destacaban en la cuchilla cual un funerario túmulo eregido por el dolor á la memoria del exterminio!

Era todo lo que quedaba de aquella risueña morada, donde se arrullaron tranquilos sus castos amores, á la bienechora sombra del frondoso árbol de la paz...... ....

Los pasageros de la galera habian llegado al término de su viaje.

Por mandato de la señora, el cochero detuvo el vehículo á veinte varas de las ennegrecidas ruinas.

Nadie habria podido adivinar en la señora enlutada á la hermosa Aglaé de otros dias no lejanos: sus negros y penetrantes ojos, estaban ahora hundidos y la luz de sus pupilas opaca y triste, su rostro enflaquecido y bañado de una espresion doliente y amarga y en su frente antes tan tersa se veia ahora el surco indeleble y melancólico del sufrimiento.

¡Trece meses de acerba pena en el desolado corazon de la pobre viuda, cuya quebrantada alma habia últimamente recibido una herida incurable, eran bastantes para operar en su físico un cambio tan rápido como deplorable!

Aníbal y Olivio vivamente sorprendidos (cuando asomados á las ventanillas del carruage que se habia detenido como hemos dicho, buscaban atónitos y con ansiosas miradas el pajiso techo del amado rancho) exclamaron:

—¡Mamá! ¡mamá! ¡no es aquí, no es aquí! Vámos mamá! ¡Cochero! ¡siga! no es aquí, no es!

Los niños insistian tenazmente queriendo convencer à su madre de que habian errado el camino,

Aglaé que no ignoraba por una carta del señor T... (que había recibido en Gualeguay) el estado de aquello y los pormenores de lo ocurrido allí les dijo tristemente:

—Si, hijos mios, es aquí!

Los pobres niños enmudecieron y quedaron perplejos, mirándose el uno al otro,

Por las broncedas mejillas de la fiel Lucia corrieron silenciosas lágrimas:—tambien ella apuraba gota á gota el alcíbar del dolor!

Aglaé descendió del carruage seguida de sus hijos y de la mestiza.

Aglaé rodeó con sus brazos los tiernos hombros de sus pequeños hijos, y sin desprenderse de ellos, se encamíno hácia las ruinas.

Lucia mas atrás seguia á su señora.

El terror, la angustia y el dolor, impreso en todos aquellos rostros era un testimonio elocuente de las tribulacioporque pasaban sus almas á la presencia de tantos desastres.

A dos pasos de las ruinosas paredes se detuvieron.

Aglaé vertiendo copiosísimo llanto, y con la voz embargada por los sollosos, dijo afligida:

—¡Hijos mios, recemos por la memoria de vuestro amado é infortunado padre! Este fué nuestro hogar!.....

Aquellos, conmovidos, obedeciendo á su dolorida madre, pusiéronse como ella de rodillas.

La buena meztiza hizo lo mismo.

Y con cristiano recogimiento rezaron en alta voz el Padre Nuestro.

Que solemne y sublime fué aquel acto de verdadera fé!...

Bálsamo divino que vierte en el alma benéfico lenitivo en las horas de amargura.

La tarde declinaba, los últimos rayos del sol se extinguian, besando fugazmente la cùspide de la elevada arbo-

leda que orilla al magestuoso Rio Negro, en cuyas aguas cristalinas, y en calma entonces, se reflejaba plácidamente la sombra de su esmaltado verdor.

Multitud de vistosos pajarillos ¡y de cándidas tórtolas buscaban presurosos el espeso follage de los ramosos cicomoros, entonando placenteros sus melodiosos cánticos y meciéndose dulcemente sobre las suaves hojas, esperaban allí las asomantes sombras que envueltas en las selváticas brisas los habia de adormir.

¡Que maravillosa armonía!

Era entónces que la pobre Aglaé oraba por D. Víctor!

La doliente vibracion de su voz, unida á la infantil de sus híjos, se perdía en aquellas soledades cual un lejano y dulce eco!.....

Aglaé se puso de pié, y despues de ese éxtasis profundo en que quedó su espíritu, abrazó enternecida á sus hijos, y alzando su vista la fijó en la celeste bóveda.

Cuan indescriptible fué la espresion de su mirada, al detenerla con ansía en los postrimeros rayos del astro del dia!

Y con blandisima infleccion de voz y sintiendo á la vez en su alma una desgarradora emocion, exclamó:

—¡Adíos! risueñas alboradas de mi pátria! ¡Ay! Adios melancólicas horas de la tarde que colmabais ayer con vuestros besos el anhelo de mi corazon! Adios! suelo querido que me vió nacer, os abandono para siempre, llevando mi alma herida y quebrantada por un dolor cruel......

Aglaé con su reducida familia pasó en seguida para las casas.

El recomendable señor T... la esperaba ya, recibiéndola con toda la consideracion y respeto á que era acreedora la triste viuda de D. Victor de S...

Durante la velada el padre de Jorge refirió á Aglaé sucintamente como, una partida capitaneada por Domingo Nuñez habia acampado en aquel paraje, devastando todo y llevándose un gran número de ovejas; habia entregado á su retirada, al voraz incendio el aislado rancho que fué su residencia.

Venganza proyectada por aquel capitan, desde la union de su rival con Edina, y como se ha visto llevó á cabo con tanta perversidad!. .

Aglaé sobrecogida de pavor, oyó la triste relacion, y

cuando estuvo sola con sus hijos, les hizo comprender, tomando aquel reciente ejemplo por testimonio. de como el ódio y el rencor cuando se abrigan en el alma del hombre sin luces; sin educacion alguna, se sácia implacable en escenas de barbarie y crueldad..........

Ocho dias despues, la. fugitiva embarcada en una ligera falúa cruzaba el delicioso y poético Uruguay, para en breve pisar la costa Entre-Riana.

Allí la esperaban con ansiedad los venturosos Jorge y Edina.

La infortunada Aglaé y sus hijos Aníbal y Olivio quedaron con ellos.

Nunca mas volvieron al suelo Oriental, cuna de su nacimiento—y hoy viven estimados y respetados de todos los habitantes de aquel hospitalario pais.

FIN

UNA CRUZ

Desde entonces flotante y vagorosa
Una sombra melancólica se vé,
En torno á la tumba misteriosa
Señalada con el signo de la fé.

Una primaveral mañana visitaba el poético Yí, ese rio caudaloso que embellece con sus verdes y aromáticas márgenes la feraz campiña que recorre. En medio de los encantos de la naturaleza que tan deliciosamente llenaron de placer mi alma, me sentí tristemente impresionada á la presencia de una humilde cruz que orlada de enredaderas silvestres se alzaba en medio de aquella sombria soledad.

Su vista me infundió un místico respeto que imperó fuertemente sobre mi espiritu. ¡Cuantos pensamientos melancólicos nacieron en mi mente ante aquella cruz! Cuantos recuerdos aflijieron mi impresionado corazon!!....

Bajo la influencia de vagas suposiciones salimos del monte y nos dirigimos á un rancho que no muy lejos de allí divisábamos.

Las fatigas del paseo por una parte y por otra el deseo de saber algo relativo á la cruz nos hizo llegar pronto. Una vez allí, nos encontramos mis compañeras y yó con un anciano que estaba sentado próximo á la puerta; mas atrás de pié, se hallaba una muger de alguna edad, pero de talle er-

guido y de rostro bastante conservado, pues en sus facciones no estaba aún impreso el sello de la vejez con tanta severidad como en sus cabellos que los tenia casi blancos.

Tanto la muger como el anciano contestaron cortesmente á nuestro franco saludo y nos invitaron con insistencia á descansar y tomar asiento.

Aceptamos con gusto, y nos introducimos prontamente en el hogar: aquello era la sala, porque no habia otros muebles que unas sillas, una mesa con una lámpara y un florero con algunas flores.

Mis compañeras y yo, nos mirábamos en silencio.

No conocíamos aquellas personas, ni sabiamos que pre-texto dar para disimular nuestra inesperada visita.

Felizmente pronto salimos de tan molesta situacion, porque la buea señora que llamaremos Maria nos preguntó con amabilidad:

—¿Vienen vds. del monte?

—Si, señora, nos apresuramos á contestar. Hemos dado un paseo bajo esa preciosa arboleda tejida por multitud de viciosas enredaderas silvestres, cuyas flores nacaradas y lozanas encantan la vista.

—¡Es cierto! profirió la señora: la flor de la campanilla abunda allí.... Al decir esto doña María suspiró tristemente y una lágrima rodó por sus megillas.

La observé con sorpresa, y pensé que quizá la cruz del monte guardaba alguna historia dolorosa para aquella buena gente.

Como era natural mi curiosidad se aumentó.

El anciano que habia permanecido silencioso, en aquel momento se levantó y salió para el campo.

Pasados algunos instantes, la señora continuó:

—Mí pobre hija Malvina buscaba siempre esas florecillas de las selvas, para adornar la cruz!...

—¡Sí, si, aquella que hay en el monte? pregunté poseida del mas vivo interés.

—Ha estado Vd. allí donde se alza la cruz?...

Al hacerme esta pregunta me miró detenidamente.

—Si señora, le contesté, y su vista me ha preocupado hondamente.

—Ah! aquel fué un horrible crímen que quedó impune por el aislamiento en que se perpetró... Les contaré lo que sucedió si vds. tienen interés en saberlo.

Mis compañeras y yo le pedimos que lo hiciera, pues estábamos con ansiedad de saber el orígen de aquella misteriosa cruz.

Doña María con acento bastante conmovido, empezó la triste historia en estos términos:

«De esto han pasado ya algunos años....

Cruzábamos por una de esas épocas felices en que la paz reina en todos los ámbitos de la República.

Nosotros, dueños de estos campos, vinimos del Durazno para habitar estos ranchos, por estar nuestra amada hija muy delicada de salud; teníamos la esperanza de que aquí se restableceria por los aires puros y saludables que circulan; pero desgraciadamente no fué así, por que se ligaron circunstancias que la llevaron lentamente á la tumba...»

Doña Maria se detuvo y nuevas lágrimas bañaron su entristecida faz, à causa sin duda de penosas reminiscencias que martirizaban su corazon.

Por último la pobre señora continuó así:

«Mi buena hija contaba recien 16 años: era sumamente simpática y de un carácter amable y angelical; estaba para casarse con un jóven de mérito tanto por su familia como por su educacion delicada, favoreciéndolo al mismo tiempo una interesante presencia. Habia venido á pasar una temporada de campo en una estancia léjos de aquí; pero venia á ver á su premetida siempre que le era posible.

Era una tarde serena y lindísima del mes de Enero, que al ocultarse el sol tras de los elevados espinillos, doraba sus copas con melancólicos reflejos. Las acheas reunian sus hijuelos en la espesura, melodiando sus dulcísimos cantos, y las cristalinas aguas del Yi mnrmuraban con plácida quietud.

Malvina mi amada hija, estaba aquí (en la ramada que está á la puerta) admirando bajo la influencia de una sensibilidad desconocida, la perspectiva encantadora de estos sitios selváticos y tan incomparablemente ricos en bellezas.

En esta contemplativa suspension del ánimo mi pobre hija fué sorpredida por una detonacion que se oyó en direccion á la derecha del monte que tenemos al frente. Malvina miró estremecida y llena de inquietud hácia aquella lejana parte de la selva y pudo distinguir que un ginete aguijoneando su caballo y á todo escape penetraba en ella, perse-

guído con teson por dos individuos qne igualmente á caballo lo alcanzaban ya....

Mi hija dió un ¡ay! desgarrador, y cayó sin sentido; su padre y yo acudimos á ella y la colmamos de solícitos cuidados En este desamparado hogar en que vivimos, no habia nada que hacer para favorecer al mas necesitado: mi esposo era solo y la prudencia le aconsejó el cerrar con seguridad la puerta, pues ignorábamos completamente lo que podía ser aquello, no sabiamos si eran unos asesinos los perseguidores ó si era un criminal el perseguido; por entonces solo nos consagramos á nuestra cara hija que despues que volvió en sí lloraba sin consuelo y sin poderse esplicar la razon de sus lágrimas; nos afligía el verla de aquel modo.

Mi esposo permaneció el resto de la tarde observando el campo por una ventanilla que hay en el dormitorio; pero nada descubrió que indicara la presencia de criatura humana por estas inmediaciones.

Durante la noche mi pobre Malvina tuvo fiebre y algunos momentos, delirante, me llamaba y con acento desgarrador me decia: ¡pobrecito! los bandidos lo mataron ya...

Al dia siguiente era muy temprano y todos estábamos bajo la ramada; mi hija aunque parecia estar buena la notábamos sumamente nerviosa, porque se estremecia por la mas insignificante causa.

El campo estaba por todos estos alrededores en completa soledad.

El tiempo era magnifico, y las brisas tibias y perfumadas purificaban más la atmósfera diáfana y elara.

Mi esposo y yo nos decidimos á ir al monte y solo así tendríamos algun conocimiento de lo que podia haber sucedido la tarde antes. Malvina quiso acompañarnos y aunque nos opusimos fuertemente, tantos fueron sus ruegos que al fin cedimos y la permitimos ir. ¡Ah! fatal condescendencia! Cuán funestos fueron sus efectos!!.

Uua vez en el monte y en el sitio por donde nuestra hija nos dijo habian penetrado los individuos, empezamos á recorrer y á registrar todas las grutas y profundidades de las selvas, haciendo nuestras pesquisas con el fin humanitario de poder practicar todo el bien que nos fuera posible.

De pronto oimos la voz trèmula y angustiosa de Malvina, que nos llamaba señalándonos á la vez un monton de ramas enlazadas y tejidas con esmaltadas enredaderas, cuya sávia

fresca y vigorosa, por lo húmedo y sombrio del terreno, sustentaba con incomparable brillantez y lozanía, centenares de preciosas campanillas blancas.

Mi esposo y yo corrimos hácia aquel punto y guiándonos por la aterrada mirada de nuestra infeliz hija, que cual una blanca estátua permanecia como clavada en aquel sitio, separamos las espinosas ramas y pudimos contemplar poseidos de horror y ansiedad inesplicables un ensangrentado cadáver.

Mi hija, mi esposo y yo lanzamos un grito unánime de dolor y desesperacion!...

Acabábamos de reconocer al que iba á ser el esposo de nuestra infortunada hija, en aquel individuo que habia sido tan bárbaramente ultimado.....

Mi amada Malvina cayó de rodillas y cruzando sus blancas manos sobre su estremecido pecho volvió á repetir estas sentimentales palabras: «Pobrecito! los bandidos lo mataron yá.» ¡Ah! mi adorada hija quedó en actitud de orar; sus lábios no articularon una sílaba mas y sus ojos azules fijos con profunda inquietud en la yerta faz de su infortunado futuro, no vertian una sola lágrima...

La pobre madre no pudo proseguir, los sollozos embargaron su voz.

Nosotras que oíamos con gran atencion la triste historia, estábamos tambien hondamente impresionadas.

—Si Vd. se aflige tanto, señora no continúe mas le pudimos, decir con conmovido acento.

—¡No! no! que ustedes lo sepan todo es justo, pues ya llega á su término..

Doña María, desconsolada derramó abundantes lágrimas y cuando se tranquilizó algo prosiguió así:

«Ahora lo que me resta decir es conmovedor y triste, porque mi amada, mi idolatrada hija, desde aquel instante quedó loca....

Aquella insensibilidad en que se sumergió su alma impresionable y angelical, aquel estupor que ofuscó su claro entendimiento, fué el horrible precursor de las tinieblas que habia de oscurecer totalmente el brillo de su razon. ¡Pobre hija mia! desde aquel funesto dia fué empalideciendo y su salud deteriorándose rápidamente.

Su idea fija y su constante y mas afanoso empeño era

cojer dia á dia la campanilla en las grutas del monte, y adornar con ellas, febrilmete inquieta, esa sencilla cruz que mi esposo colocó en el mismo paraje que se consumió el crímen.

En cnanto al cadáver, la autoridad á quien dimos cuenta inmediamente, lo recogió. Y aunque fuimos muchas veces molestados para que dièramos informes á los jueces, como tiene que suceder siempre en estos casos, al fin nos dejaron; en vista de nuestra completa ignorancia sobre el orígen ó causa que dió lugar á tan horrible crímen, y que por un caso fatal, vino á eslabonarse con el destido de mi pobre hija, pues la desdichada sucumbió de pena al terminar un año de aquel malhadado dia en que el terror y la desesperacion desgarró su alma y aniquiló su corazon.

La señora al dar fin á la triste y misteriosa historia de la cruz que existe en las selvas de Yí, se abismó en un silencioso recojimiento....,....................................,........

Diciembre de 1880

